

MARINOS CRIOLLOS ENTRE REALISTAS Y PATRIOTAS

Mariano JUAN FERRAGUT
Capitán de navío (R)

Y considerando la fidelidad de nuestros vasallos y los trabajos que los descubridores y pobladores pasaron en su descubrimiento y población, para que tengan la mayor certeza y confianza de que siempre estarán y permanecerán unidas a nuestra real corona, prometemos y damos fe y palabra real por Nos y los reyes nuestros sucesores que para siempre jamás no serán enajenadas ni apartadas o en todo o en parte, ni sus ciudadanos ni poblaciones, por ninguna causa o razón o a favor de ninguna persona; y si Nos o nuestros sucesores hiciéramos donación o enajenación contra lo susodicho, sea nula, y por tal fin declaramos.

Emperador Carlos (Real Cédula de 14 de sept. de 1519)

El tema que vamos a tratar no es fácil de exponer ni de abordar, pues se trata de hacer una relación o censo de los marinos criollos protagonistas de la emancipación americana en los dos bandos litigantes, el de los partidarios de la corona hispánica, o realistas, y el de los contrarios a ella, los patriotas o insurgentes, así como de los marinos peninsulares que lucharon a favor de la emancipación.

Vamos a ocuparnos de unos hombres y sus circunstancias; no vamos a tratar, por tanto, del proceso emancipador ni de sus causas, ni tampoco de las campañas y batallas habidas.

Los criollos son los hijos de españoles nacidos en el Nuevo Mundo, o bien familias de procedencia española afincadas en América, bien sean de primera o de varias generaciones. Las familias llegan, se establecen, y en sus hijos, que ya se sienten americanos, crece una rivalidad hacia los españoles peninsulares, a los que despectivamente denominan *chapetones*, en Sudamérica, o *gachupines*, en México.

Hacia el año 1800, la América hispana tenía unos 17 millones de habitantes, de los que apenas 4 millones eran de raza blanca, de ellos entre 150.000 y 200.000 eran españoles peninsulares, el resto eran criollos.

En principio, la situación jurídica de los criollos era idéntica a la de los súbditos peninsulares, aunque realmente no sucediera así. En igualdad de

condiciones eran preferidos los españoles que ocupaban los puestos influyentes y aunque eran una minoría, en torno al 2 por 100 de la población, tenían en sus manos todo el aparato institucional de los virreinos. Los criollos, que suponían el 12 por 100 de la población, era un grupo muy poderoso económicamente. Sus haciendas y su educación superaban a menudo a las de los peninsulares. Considerándose iguales y aun superiores, se sentían injustamente marginados al ser mantenidos en segundo lugar y ser excluidos, a causa de su nacimiento, de los cargos importantes de la administración.

En las ciudades y puertos americanos que experimentaron un desarrollo económico propiciado por el comercio ultramarino, como era el caso de Buenos Aires, La Habana, Caracas, México, etc., surgió una aristocracia criolla, que al igual que la peninsular, recurrió a la Real Armada para dotar a sus hijos de una salida profesional prometidora, que en el caso americano se manifestó con la venida a la metrópoli de jóvenes criollos que sentaron plaza en las Reales Compañías de Guardiamarinas, después de pasar las pruebas de hidalguía de los cuatro apellidos. Al respecto, hubo una excepción, la de D. Vicente Inca Yupanqui, de Lima, por su notoria nobleza-expresaba la Real Orden- al ser descendiente de los Reyes Incas.

El número de los criollos, o españoles de Ultramar, que ingresaron en la Real Armada desde el empleo de caballero guardia marina, se incluye en uno de los apéndices del libro *La marina española en la emancipación de Hispanoamérica*, del general Cervera Pery. Dicho número, en el periodo comprendido entre 1721 y 1835, asciende a 178 personas. El grupo más numeroso es el formado por los cubanos (44), seguido por los argentinos (31), peruanos (24), y mejicanos y colombianos con igual número (18); el resto de los otros nueve grupos oscilan entre 1 y 9 personas. Esa cantidad sirve perfectamente para nuestros fines, que en este caso se limita a hacernos una idea de cuantos podían ser los oficiales criollos en la Real Armada, durante el proceso de la emancipación.

Por otro lado, en un trabajo de Rosa María Hervás, que trata sobre los guardiamarinas americanos en Cartagena en el periodo 1777 a 1824, publicado en la *Revista de Historia Naval*, se afirma que de los 781 guardiamarinas que sentaron plaza en el periodo indicado, casi el 5 por 100 (37), son americanos, mayoritariamente de padre peninsular y madre americana, y un grupo más reducido son de familias americanas por ambas líneas. En el caso de que se incluyan aquellos, que habiendo nacido en la Península, estén vinculados con el Nuevo Mundo por tener una parte de su familia americana (padre, madre, o abuelos), serían 30 guardiamarinas más. Con esto, los vinculados, directa o indirectamente, con América y que se formaron en Cartagena serían 67, es decir, el 8,5 por 100 del total.

Sobre la emancipación de la América española, que condujo a la independencia sin la descolonización, se deben destacar dos aspectos:

- El grupo que lideró la emancipación fue el criollo.
- La mayoría de los autores coinciden en que se trató de una guerra civil,

una guerra entre hermanos. Tanto criollos como peninsulares a la hora de decidirse por un bando, que no siempre coincidió con el de la tierra que les vio nacer, pesaron sus circunstancias y motivaciones.

Al igual que en las demás guerras civiles que a lo largo de los siglos XIX y XX han librado las «dos Españas» que nos han *helado el corazón*, la mayoría de los oficiales de nuestra Corporación se han inclinado por el bando vencedor, excepto en el caso de la emancipación americana.

Así, en la Guerra de la Independencia, que algunos historiadores también la han calificado de guerra civil, el personal de la Armada dispensó a todos los niveles un rechazo generalizado al rey intruso, salvo unas pocas excepciones: los afrancesados. A título de ejemplo, decir que de los 90 oficiales generales, (incluidos 34 brigadieres), que figuran en el Estado General de la Armada de 1808, sólo 3 sirvieron al rey José, aunque entre ellos estaba el teniente general don José de Mazarredo, considerado por la mayoría de los historiadores como uno de los mejores almirantes españoles, si no el mejor, de todos los tiempos.

En cuanto a las tres guerras Carlistas del nuestro convulso siglo XIX, en un trabajo del coronel de Infantería de Marina don José Fernández Gaitán, publicado en la *Revista de Historia Naval*, aparecen relacionados una veintena de marinos que sirvieron en las filas carlistas, acompañada por una breve síntesis de sus servicios. Entre los oficiales de la Armada que cambiaron de bando destacar a un ex ministro de Marina, Federico Anrich, siendo Pi y Margall presidente de la República; un teniente general de la Armada, Marcelo Spino-la; un jefe de Escuadra, Manuel Maestre, así como varios oficiales, de todos los empleos del Cuerpo General, uno de Infantería de Marina y otro jurídico. Señalar que en dicha relación figuran varios títulos nobiliarios, así como el criollo José Álvarez de Toledo y Dubois, singular y controvertido personaje del que nos ocuparemos más adelante.

En nuestra guerra civil de 1936, es bien conocido que un reducido número de oficiales sirvieron en la Marina republicana, muchos de ellos debido a que al iniciarse el conflicto se encontraban en territorio que permaneció leal a la República. En todo caso si exceptuamos al contralmirante jefe del Arsenal de Ferrol, ex ministro de Marina en la República, y al subsecretario del Ramo al estallar el Movimiento, un general de artillería de la Armada, no hubo ningún otro oficial general que permaneciera fiel al Gobierno. Ningún capitán de navío sirvió en dicho bando, a excepción del comandante del *Jaime I*, que no quiso mandar el acorazado tras producirse la sublevación de los cabos y fue pasado a destinos burocráticos de poco relieve. En cuanto a capitanes de fragata sólo tres permanecieron fieles a la República, junto a trece capitanes de corbeta-de-128-, así como un reducido número de tenientes y alféreces de navío.

Después de lo dicho, acaso con más extensión de la debida, entramos en el meollo de nuestro trabajo. Para empezar, debemos decir que tanto en el bando «patriótico», o sea los que luchaban por la emancipación, como en el «realista», es decir los que pelearon contra ella, hubo criollos en los dos bandos, así como también hubo oficiales peninsulares en ambos bandos, aunque sólo un

reducido número luchó a favor de la emancipación. En el plano temporal también hubo grandes divergencias, pues mientras unos se identificaron con la causa patriota, incluso antes de que se iniciaran las insurgencias, otros mutaron de bando cuando prácticamente ya habían cesado.

Destacados marinos criollos combatieron en el bando realista como fue el caso del brigadier de la Armada Tomás Sostoa Achúcarro, nacido en Montevideo, o el del capitán de navío Rosendo Porlier, nacido en El Perú. Mencionar también al capitán de fragata Pedro Agar, nacido en Santa Fe de Bogotá, que si bien no combatió, fue en dos ocasiones miembro de la Regencia del Reino.

En todo caso, la Armada a raíz de las primeras deserciones de oficiales criollos, tomó medidas para evitarlas. Así, el jefe del apostadero de Montevideo, al informar al secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina, sobre la desertión del alférez de fragata Benito Linch, decía: «...no hay un solo hijo del Pays que no adolezca del mismo mal, y así ruego de nuevo a V.E. que por ningún pretexto venga ninguno». A consecuencia de este parte, con fecha 1 de junio de 1811, el ministro ordenó al director general de la Armada y al comandante general de la Escuadra, que «...hiciesen provisiones reservadas para que interín duren estas circunstancias, no vaya a América ningún individuo de la Armada oriundo de aquellas región.»

Consideraciones generales sobre la Emancipación:

- No fue un movimiento de masas populares, salvo el caso de Méjico.
- Los indígenas y masas populares combatieron indistintamente en el bando realista y en el patriótico.
- La Armada tuvo que hacer frente a sus responsabilidades en Ultramar en uno de los periodos de más debilidad de su andadura histórica, coincidiendo con el de la «Marina poca y mal pagada».
- El proceso de la Emancipación no fue pródigo en grandes enfrentamientos navales, aunque los hubo y tuvieron su trascendencia. De ahí que, al igual que a lo ocurrido en la Guerra de la Independencia, muchos de los oficiales de Marina combatieron en tierra, lo que no debe llamar la atención por ser, entonces, el Cuerpo General el único cuerpo de guerra de la Armada, y por ello tanto el mando como los oficiales de los batallones de Infantería de Marina eran del citado cuerpo general.
- Destacar la mentalidad naval de los principales caudillos patriotas: San Martín, Bolívar y O'Higgins. Su valoración sobre la importancia del dominio del mar fue clave en la consecución de sus objetivos.
- La masonería, en especial las logias *Lautaro* y *Sociedad de los Caballeros Racionales*, propició el caldo de cultivo que favoreció con hechos e ideas el proceso emancipador. También tuvo su trascendencia la expulsión de los jesuitas (cerca de 2.500 jesuitas expulsados de América pertenecían a familias criollas).
- Los dos virreynatos más antiguos: Nueva España y Perú, se mostraron como las regiones más conservadoras y fieles a la metrópoli, siendo los

últimos territorios que se independizaron. Por el contrario, los virreinos de Nueva Granada y Río de la Plata, creados en el siglo XVIII, fueron los promotores del proceso emancipador. De estos virreinos surgieron los principales caudillos: Bolívar y San Martín.

- Los focos realistas que más resistieron, se localizaron en los lugares en los que la Armada tenía bases o apostaderos: Montevideo, Puerto Cabello, Veracruz y El Callao.
- Por otro lado, los historiadores que han tratado la Emancipación han dividido los 15 años que duró el proceso en etapas o periodos, cuyo número oscila entre dos y cinco, jalonados en función de diversos acontecimientos y vaivenes acaecidos en ambos hemisferios hispanos. En todo caso, la separación cronológica de los periodos no puede ser estricta, pues caracteres de unos se anticipan o retrasan en otras regiones. Señalar las dos etapas diferenciales que establece el catedrático de la Complutense Mario Hernández Sánchez-Barba:

1ª etapa, de Emancipación; de 1808 a 1814, durante la Guerra de la Independencia española, (los territorios americanos alcanzan la independencia de hecho).

2ª etapa, de Independencia; de 1814 a 1824, iniciada tras el gobierno absolutista de Fernando VII y reforzada durante el Trienio liberal (independencia de hecho y de derecho).

No vamos a entrar en disquisiciones acerca de los términos «emancipación» e «independencia». No queremos *liar el palangre* —perdonen la expresión, aunque sea marinera—, pues pretendemos ir aclarando la maniobra y proceder a encasillar a nuestros personajes en los sitios que las circunstancias y actitudes les colocó en la crónica de la Historia, en especial las de los oficiales criollos de la Real Armada, que tuvieron que sufrir el trance de decidirse por la llamada de la sangre o la de la tierra que les vio nacer.

Dado que el escenario en que se desarrolló el proceso de emancipación tiene una gran extensión geográfica, para facilitar la exposición, lo dividiremos en cuatro teatros:

- Teatro del Río de la Plata. Aquí haremos la semblanza de seis marinos criollos: Zapiola, Viana, Lynch, Irigoyen, Guruchaga y Thompson, así como uno peninsular: Ruiz de Huidobro.

Don José Matías Deogracias Zapiola, nació en Buenos Aires; su padre era natural de Orio, y oficial de la Real Armada, siendo su madre de Buenos Aires. Se educó en el Seminario de Nobles de Madrid y sentó plaza en la Compañía de Guardiamarinas de Ferrol. Mientras permaneció en la Real Armada tuvo como comandantes a los más brillantes y heroicos oficiales de la época, como Alcalá Galiano, Alcedo, García del Postigo y Romay, con los que hizo varios viajes redondos a América. En 1805 fue destinado al apostadero

de Montevideo y de allí pasó a Buenos Aires, donde luchó contra las invasiones inglesas.

En 1810, se encontraba en Buenos Aires donde apoyó la Revolución de Mayo y al intentar pasar el buque de su mando al bando patriota, fue tomado preso por el mismo Romarate, que le destituyó del mando, siendo enviado a España, por conspirador. Pero gracias a los oficios de un compañero de armas destinado en Montevideo, sobrino del teniente general de la Armada don Juan María de Villavicencio, no fue preso ni tampoco vigilado al llegar a Cádiz. Pasado poco tiempo se le dio el mando de una cañonera para combatir contra los franceses durante el asedio de Cádiz. Pero a pesar de todo, en su mente seguía bullendo el mismo entusiasmo y la misma ambición para servir a la independencia de la tierra que le vio nacer.

En 1811, solicitó volver a América al mando del correo *Santa Casilda*, lo que se le negó rotundamente. Esto dio lugar a que se recrudecieran las sospechas contra él, destinándole a un servicio de tierra para instruir batallones de Marina. Mientras tanto, no se apartó de la idea de que para el éxito de la revolución era de suma importancia difundirla subrepticamente, como así lo realizó desde su puesto de secretario de la logia Lautaro de Cádiz. Él, junto con Alvear, informaron a San Martín de la existencia de la citada logia. Posteriormente, los tres decidieron escaparse a Londres y desde allí, embarcaron en la fragata *George Canning* camino de Buenos Aires. A su llegada, los tres se presentaron al primer Triunvirato y Zapiola, que en diciembre de 1812 fue dado de baja en la Real Armada, colaboró para establecer la logia Lautaro, de la cual fue el primer secretario, y ayudó a San Martín a crear el Regimiento de Granaderos a Caballo. A las órdenes de Alvear, participó en el sitio y toma de Montevideo. Con el Ejército de los Andes de San Martín, cruzó la cordillera y luchó en Chacabuco, Concha Rayada y Maypú —en esta tuvo una destacada actuación, mandando la mitad de la caballería patriota— y fue ascendido a general. Regresó a Buenos Aires y se incorporó a la Marina, donde en 1828, alcanzó la jefatura de la Armada. Al año siguiente se retiró de la vida pública para dedicarse a actividades rurales. En 1852 regresó al servicio activo, siendo nombrado ministro de Guerra y Marina. Posteriormente desempeñó distintos cargos públicos, de los que se retiró definitivamente en 1859. Murió en Buenos Aires en 1874. Fue el fundador de la Escuela de Guerra Naval argentina.

Francisco Javier de Viana y Alzáibar, nació en Montevideo. Su padre coronel del Ejército y gobernador de dicha ciudad era natural de Álava, y su madre de Vizcaya. A los 10 años, fallecido su padre, fue enviado a España para continuar sus estudios, ingresando en la Compañía de Guardiamarinas de Cartagena. Participó en la conquista de Menorca y en el sitio de Gibraltar. Dio la vuelta al mundo en la fragata *Astrea* y fue elegido para la expedición Malaspina, embarcando primero en la *Descubierta* y después en la *Atrevida*.

Siendo teniente de navío, regresó a Montevideo al mando de la *Descubierta*, allí ascendió a capitán de fragata y participó en la comisión demarcadora de límites con Portugal. Estuvo tres años de gobernador de las Malvinas y al enfermar solicitó destino de tierra. Se le nombró sargento mayor de

la plaza de Montevideo con el empleo de teniente coronel del ejército. En 1806 y 1807 se enfrentó a los británicos, resistiendo en la ciudadela de Montevideo, que fue la última posición que se rindió. Los ingleses le ofrecieron el cargo de jefe de policía, que rechazó sin dudar. Cuando el estallido revolucionario de 1811 era comandante de la guarnición de Maldonado y dejando atrás sus raíces y tradiciones, se unió a la Junta de Mayo en Buenos Aires. Sus primos y cuñados, la mayoría oficiales de Marina, se dividieron en realistas y patriotas.

Siendo jefe del Estado Mayor del ejército sitiador de Montevideo, tuvo fuertes enfrentamientos, políticos y personales, con Artigas, el caudillo de la revolución en la Banda Oriental. Viana abandonó el sitio de Montevideo y marchó a Buenos Aires. Fue nombrado ministro de Guerra y Marina y ascendido a brigadier general. Se dedicó a organizar una fuerza naval y sus esfuerzos se vieron recompensados al derrotar al almirante Brown, irlandés al servicio de los patriotas, a la escuadra realista frente a Montevideo. Por avatares políticos emigró a Río de Janeiro. Regresó a Montevideo, donde falleció en 1820.

Benito Lynch Roo. Nació en Buenos Aires; su padre era contador de la Real Aduana de Buenos Aires, siendo su madre natural de dicha ciudad. Se educó en el Seminario de Nobles de Madrid y sentó plaza en la Compañía de Guardia Marinas de Cádiz y como tal tomó parte en la batalla de Trafalgar a bordo del navío *Santa Ana* cayendo prisionero de los ingleses. Posteriormente siendo alférez de fragata, fue destinado a Montevideo a la *Peregrina*, desertando de esa fragata, según el parte del comandante de aquel apostadero don José M^a de Salazar, y tal como ya hemos comentado anteriormente, su fuga dio lugar a una orden para que los oficiales naturales del país no fuesen destinados a aquellos reinos. A raíz del movimiento de Mayo pasó al ejército patriota argentino. En 1815, con el empleo de capitán obtuvo la licencia absoluta.

Matías Miguel de Irigoyen. Nació en Buenos Aires y sentó plaza de guardiamarina en la Compañía de Ferrol. Participó en la batalla de Trafalgar, donde resultó herido. Fue destinado a Buenos Aires donde se sumó al movimiento patriótico, por lo que fue dado de baja en la Real Armada. Fue el primer embajador, nombrado por el gobierno insurgente, en Europa y enviado a Londres para solicitar ayuda material y diplomática para la causa independentista.

A su regreso a Buenos Aires, fue jefe de la División de Artillería en las campañas de la Banda Oriental. Después del derrocamiento de Alvear como Director Supremo, formó parte del tercer triunvirato junto con San Martín y Serratea. Ocupó varios altos cargos, entre ellos fue ministro de Guerra y Marina. Falleció en Buenos Aires.

Francisco de Gurruchaga. Nació en Salta, en el seno de una de las familias más ricas del virreinato. Estudió en el Seminario de Nobles y siendo teniente de fragata combatió en Trafalgar a bordo del navío *Santísima Trinidad*.

Se escapó a Buenos Aires, donde se unió a la Revolución de Mayo. Fue el encargado de crear la primera escuadra naval, que pagó con su propio dinero. Esa escuadra fue derrotada y costó otra constituida por siete barcos. También

desempeñó importantes destinos, gastando toda su fortuna financiando la insurrección. Murió en 1846, sumido en la extrema pobreza.

Matías Jacobo Thompson. Nació en Buenos Aires y sentó plaza en la Compañía de Guardiamarinas de Ferrol. Participó en la batalla de Trafalgar. Cuando las invasiones inglesas en el Plata era capitán del puerto de Buenos Aires. Apoyó la Revolución de Mayo, siendo enviado a Estados Unidos para obtener material y apoyo político para la emancipación. En el viaje de regreso a Buenos Aires, murió a bordo y su cuerpo fue arrojado al mar.

Pascual Ruiz Huidobro. Nació en Orense y su carrera naval la desarrolló en su mayor parte en el virreinato del Río de la Plata, donde ascendió a jefe de escuadra. Siendo gobernador de Montevideo luchó contra las invasiones inglesas. En tres ocasiones estuvo a punto de ser virrey, pero por unas causas u otras todas se frustraron.

Apoyó la Revolución de Mayo y se pronunció para la destitución del virrey y el paso del poder al cabildo, hasta que el gobierno legítimo de España fuera repuesto. Sospechoso por ser español, la primera Junta lo separó del mando militar. El segundo Triunvirato lo nombró embajador ante el gobierno de Chile, pero nunca llegó murió en el viaje, en Mendoza, en 1813.

Teatro de Costa Firme. Aquí trazaremos la semblanza de dos criollos: Padilla y Lino de Clemente.

José Prudencio Padilla, almirante de la Armada de la Gran Colombia. Era mulato y había servido en la Real Armada como contramaestre. Participó en la batalla de Trafalgar a bordo del navío *Santa Ana*. Cayó prisionero de los ingleses y sufrió tres años de cautiverio. En 1808 pudo regresar a España y combatió a los franceses en varios frentes. Pasó destinado a América, al apostadero de Cartagena de Indias, uniéndose de inmediato al bando patriota. Entabló buena amistad con Bolívar y éste le ofreció el mando de la flota venezolana, luego convertida en la de Colombia. Tomó parte en varias acciones navales y fue el artífice de la decisiva victoria de Maracaibo. Ascendido a almirante, organizó la Armada y fue destinado a Cartagena de Indias, donde se le acusó de conspirar contra el Libertador. Fue desposeído de su cargo y posteriormente condenado a muerte, fue ejecutado el 2 de octubre de 1825. Cuando el tiempo serenó los ánimos fue rehabilitado en sus grados y honores.

Lino de Clemente y Palacios, nacido en Venezuela, hijo de un coronel del ejército español. A los 7 años fue enviado a España para iniciar sus estudios. Sentó plaza de guardiamarina en la compañía de Cádiz. Estuvo embarcado en el navío *Conde de Regla*, perteneciente a la escuadra de Lángara y posteriormente en la fragata *Santa Rosa*, mandada por el capitán de navío Federico Gravina. Después de su destino en el navío *Asia*, con el que se incorporó en La Habana a la escuadra de Aristizábal, regresó a Cádiz, participando en la defensa de dicha ciudad del asedio inglés. En el año 1800, siendo teniente de navío y después de 16 años de servicios en la Real Armada, solicitó el retiro y se trasladó a Caracas. Allí fue nombrado síndico y procurador general. Al estallar en 1810 el movimiento revolucionario se unió a la causa patriota participando en varias acciones de guerra. En 1811 fue uno de los 44 diputa-

dos firmantes de la declaración de la independencia. Alternó su actividad política con las acciones de guerra. Fue ascendido a capitán de navío, tomando parte en la expedición de Los Cayos, y en muchas acciones de guerra en Onoto, La Puerta, Aragua, Carabobo y otros lugares. Cayó prisionero de las fuerzas realistas hasta que su cuñado Bolívar (estaba casado con una hermana del Libertador), lo liberó de la prisión de La Guaira. Fue enviado a Estados Unidos para adquirir armas y municiones. Estuvo en la capitulación de Cartagena, derrota de Salinarina y entrega de Maracaibo. Después de desempeñar el mando de la escuadra de operaciones, fue ministro de Marina, ascendiendo a vicealmirante. En 1830 pidió el retiro por motivos de salud. Falleció en Caracas cuatro años después. Sus restos reposan en el Panteón Nacional.

Teatro de Nueva España. Aquí trataremos a un marino peninsular: Negrete, y tres criollos: Porlier, Tosta y Álvarez de Toledo.

Pedro Celestino Negrete y de Falla. Primer presidente constitucional de Méjico (del 4 al 10 de octubre 1824).

Nació en San Esteban de Carranza, en el señorío de Vizcaya. Cuando todavía no había cumplido los quince años sentó plaza en la Compañía de Guardiamarinas de Ferrol. Fue designado para formar parte de una comisión encargada de levantar las cartas de la costa de Veracruz a las órdenes del capitán de navío Ciriaco Ceballos, comandante del Apostadero de Veracruz y experto hidrógrafo, que había participado en la expedición de Malaspina. Negrete, ya alférez de navío, estuvo dos años a bordo del bergantín *Alerta*, con base en Campeche. Luchó en una nueva guerra con los ingleses, cuyos navíos hicieron aparición ante Veracruz y a los que Ceballos con todos los buques disponibles les hizo frente. Sin abandonar sus funciones hidrográficas luchó contra los corsarios que pululaban por todo el golfo de Méjico, haciendo numerosas presas y afianzando su fama de excelente marino. Con ocasión de un motín que estuvo a punto de costar la vida a Ceballos, su jefe y amigo, logró Negrete embarcarlo en una goleta norteamericana que condujo a ambos a Nueva Orleans.

Negrete regresó a Veracruz, pero para entonces Nueva España ya vivía en medio de la subversión iniciada por el cura Hidalgo. A dicho puerto, llegó a bordo del *Atocha*, mandada por el capitán de navío limeño Rosendo Porlier, el nuevo virrey, Francisco de Venegas, quien combatió con mano dura a los revolucionarios. Negrete fue jefe del EM de la fuerza mandada por Porlier, formada por oficiales y dotaciones de los buques surtos en Veracruz, que levantó el asedio de Toluca sitiada por más de 20.000 mejicanos.

Durante más de nueve años, con el empleo de brigadier, luchó en las filas del ejército realista contra los partidarios de la independencia. En 1821, el jefe de las fuerzas españolas en el virreinato, general Iturbide, llega a un entendimiento con el de las fuerzas rebeldes, general Guerrero, y ambos proclaman en Guadalajara el llamado Plan de Iguala, por el que se proclama a Méjico nación independiente bajo los siguientes principios: conservación de la religión católica; instauración de una monarquía vinculada a la familia de Fernando VII y unión de españoles y mejicanos en términos de perenne amis-

tad. El virrey Apodaca hubo de dimitir y regresar a la Península, pero su sucesor O'Donojú reconoció lo acordado y firmó con Iturbide el tratado de Córdoba, que llevaba consigo la recomendación de que las tropas realistas regresaran a la Península, por lo que Negrete —al igual que otros compañeros— sintiéndose enraizado en el país, se unió al Plan Iguala, siendo ascendido a teniente general y nombrado gobernador de las provincias de Nueva Galicia, Zacatecas y San Luis de Potosí.

Pero Iturbide, enardecido al máximo, no cumplió lo pactado y se coronó a sí mismo como emperador de Méjico. En las luchas subsiguientes, Negrete se pasó al bando republicano, que triunfó y formó un triunvirato. Ello llevó a que Negrete ocupara la presidencia de la nueva república durante unos días, —durante los cuales fue promulgada la Constitución de los Estados Unidos de México— hasta la incorporación de los otros dos elegidos. Después de nuevas revueltas, Negrete decidió abandonar el poder, así como toda actividad política viviendo en Veracruz y en la capital como un simple ciudadano y desoyendo requerimientos para ocupar nuevos cargos gubernamentales. En 1827, cuando la revolución encabezada por otro cura, el padre Arenas, los españoles que habían participado en la independencia, fueron perseguidos. Negrete ingresó en la prisión de Perote, pero a cambio de obtener la libertad fue obligado, al igual que otros oficiales españoles junto con centenares de soldados a abandonar el país. La primera escala fue Nueva Orleans, continuando hasta Francia, estableciéndose con escasos medios económicos en Burdeos, a donde llegó a mediados de 1828, muriendo seis meses después, en completa soledad y abandono.

Don Rosendo de Porlier y Sáenz de Asteguieta. Nació en la ciudad de los Reyes, virreinato del Perú, hoy Lima. Fueron sus padres don Antonio de Porlier y Sopranis, fiscal de la Real Audiencia de Lima y posteriormente ministro de Gracia y Justicia, primer marqués de Bajamar, académico de la Lengua, de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando; su madre, nacida en Salta, provincia del Tucumán, era hija del gobernador de dicha ciudad.

Contando 15 años, sentó plaza en la Real Compañía de Guardias Marinas de Cádiz. A principios de 1805, pasa al *Arrogante*, que pertenece a la escuadra de Gravina y participa en la toma de Martinica y en el Combate de Finisterre. Transborda con la plana mayor de Gravina al *Príncipe de Asturias* y a bordo de dicho navío participa en el desgraciado combate de Trafalgar, donde tiene el sentimiento de ver herido a su lado a Gravina y a Escaño.

Porlier, al mando de la fragata *Atocha* y llevando a bordo al nuevo virrey de Nueva España Francisco Javier Venegas llega al puerto de Veracruz. Ambos viajan a la ciudad de México, capital del virreinato. A mediados de septiembre estalla la revolución y hallándose el virrey escaso de fuerzas, especialmente europeas para reprimirla, Porlier se le ofrece a regresar en posta a Veracruz y volver con toda la gente que pudiese reunir de su marinería y demás buques de la Armada surtos en aquel puerto, como en efecto lo verificó con 500 hombres y la correspondiente oficialidad, que sirvieron con la mayor decisión y bizarría. Porlier al mando de una división de tropas pasó a auxiliar

al brigadier José de la Cruz, participando en la victoria de Zamora. Posteriormente al mando de una división se cubrió de gloria en Zapotlan luchando contra más de 12.000 insurrectos a los que venció. Por esa acción fue ascendido por el virrey a brigadier y enviado a Toluca que estaba amenazada por los insurgentes a los que dispersó a pesar de la tenaz resistencia y de haber tenido Porlier bastante pérdida de oficiales y tropa. La ciudad de Toluca sufrió repetidos ataques por los insurgentes, pero los rebeldes a pesar de sus esfuerzos no lograron tomarla. Porlier y sus hombres regresaron a Veracruz, siendo atacados en el camino, en el Santuario de San José de Chiapa, por unos 6.000 insurgentes mandados por el cura Morelos.

Tiempo después, en 1819, sale Porlier de Cádiz al mando de una división formada por las fragatas Prueba y Mariana y los navíos *Alejandro* y *San Telmo*, en el que arbola su insignia. Pero desde el principio no fue acompañada por la suerte. El *Alejandro*, uno de los navíos comprados a Rusia, a la altura del ecuador, tuvo que regresar a Cádiz por hacer mucha agua. La *Prueba* llegó a Perú tras penosa travesía. Y la *Mariana* arribó a El Callao el 9 de octubre; por ella se supo que al separarse del *San Telmo*, el 2 de setiembre, éste tenía averías en el timón, tajamar y verga mayor. Se esperaron sus noticias por mucho tiempo, principalmente en Rio de Janeiro, pero éstas nunca llegaron. El *San Telmo* encontró su sepultura, sin duda, en el cabo de Hornos con sus 644 hombres.

Don Bonifacio de Tosta y Montaña, nació en Guatemala y habiendo solicitado y obtenido carta-orden de guardiamarina, sentó plaza en el Departamento de Cádiz. Estuvo embarcado en la fragata *Gertrudis* y navío *San Pablo* de la escuadra de Mazarredo, participando en la defensa de Cádiz contra el bloqueo inglés. En Cartagena se incorporó a la escuadra francesa del almirante Bruix, saliendo para Cádiz y Brest. En este puerto trasbordó al *Príncipe de Asturias*, con el que entró en Cádiz, para después pasar al *Argonauta* y fragata *Flora*, hasta que en 1804 se encargó del mando de la barca *Águila* y después de la lancha *Luisa*. Posteriormente embarcó en el navío *San Fulgencio*, de la escuadra de Ruiz de Apodaca, con el que se halló en el combate y rendición de la escuadra francesa de Rosilly. Salió después, con dicho buque, para El Callao, regresando a Cádiz en 1809.

Con anterioridad, este laborioso oficial había hecho trabajos para establecer en la Armada el telégrafo marino, que había sido inventado por el capitán de navío inglés Home-Popham en 1803. Cinco años después el invento fue mejorado por Tosta e introducido en la Armada. Al regresar de Lima pasó a Sevilla a fin de poner en ejercicio el telégrafo marítimo y terrestre que había inventado. Concluida esta comisión embarcó en la fragata *Atocha* que salió de Cádiz para La Habana y Veracruz, y en este último puerto pasó con su comandante don Rosendo Porlier, y las guarniciones de todos los buques allí existentes, a hacer la guerra en el interior del reino de Méjico, participando en las acciones que hemos señalado al tratar al capitán de navío Porlier.

A principios de 1821 se hallaba en Jalapa para establecer la línea telegráfica entre Ciudad de México y Veracruz. Por no querer abrazar el bando de los

patriotas, se presentó en dicho puerto y se encargó interinamente de la capitanía del puerto. Pero en este acto de lealtad no fue persistente, pues poco después, se le dio de baja en la Armada por haber tomado partido por los insurgentes, fugándose de la plaza de Veracruz.

Con esta desertión oscureció Tosta sus buenos servicios, pues fue el primero que inventó el telégrafo marino en nuestra Armada, por lo cual se conserva siempre su memoria, tal como expresa el vicealmirante Pavía en su *Galería Biográfica de los generales de Marina*.

José Álvarez de Toledo y Dubois, nacido en La Habana, hijo del capitán de navío sevillano don Luis Álvarez de Toledo y de doña María Dolores Dubois, natural de Jerez. Sin haber cumplido 15 años, previa dispensa por edad, se le formó asiento en la Real Compañía de Guardias Marinas de Cádiz. En la guerra de la Independencia combatió contra los franceses tanto en tierra como en la mar; con los batallones de Marina participó en la batalla de Espinosa de los Monteros y al mando de una división de cañoneros combatió en las costas catalanas contra el ejército napoleónico.

Después de pasar a Cádiz, siendo teniente de navío, fue nombrado Diputado por Santo Domingo en las Cortes que se reunieron en la Real Isla de León, el 24 de septiembre de 1810. Como tal formó parte del grupo de «Diputados Americanos» que se quejaron, sin éxito, del trato discriminatorio hacía las provincias de ultramar; llegó a decir en las Cortes con ironía desafiante: «los americanos no hemos venido a este Congreso a representar a América, sino a autorizar la postergación que de ella se hace». Siendo diputado, envió una carta al gobernador de Santo Domingo aconsejándole declarar la independencia de la isla, en el caso de que España fuese vencida por el ejército napoleónico. Cuando las Cortes tuvieron conocimiento de tal misiva, fue interpretada como una traición, y al saberse perseguido y que lo iban a detener, huyó de Cádiz a América del Norte con la ayuda de los Caballeros Racionales, asociación masónica, a la que probablemente pertenecía.

Desde Filadelfia, escribe cartas y manifiestos a los periódicos donde expone con absoluta nitidez sus ideas liberales y separatistas. Desde allí, dirige sus miras y sus pasos a Méjico, aprovechando la proximidad geográfica, así como a las relaciones existentes entre Estados Unidos y los separatistas hispanoamericanos. Desde allí agentes y representantes patriotas (bonaerenses, venezolanos, mejicanos y colombianos), adquieran pertrechos y municiones para su lucha contra las fuerzas realistas. Toledo recibió fondos de la Secretaría de Estado de James Monroe, para llevar a cabo actividades revolucionarias en Cuba. Perseguido por las autoridades españoles, Toledo tiene que abandonar la Gran Antilla, dirigiéndose a México.

Toledo colabora con el general Gutiérrez de Lara, jefe de la I República de Tejas. Después le sustituye y como general del ejército republicano del norte, es derrotado en la batalla de Medina por el general realista Arredondo, con lo que se puso fin a la citada república. Producida la debacle, marchó a la Luisiana donde promovió el reclutamiento de tropas para la insurrección meji-

cana, armó barcos y preparó invasiones desde Nueva Orleans a la costa de Nueva España; por aquel entonces Toledo decía que era general de la insurgencia mejicana en el exterior y fue cuando llegó a Méjico el navarro Mina *el Mozo*, que desengañado por el restablecimiento del absolutismo por Fernando Estados Unidos con material de guerra y 15 oficiales para apoyar a los patriotas de Nueva España. Toledo pretende el mando de una expedición organizada por Mina, pero ante la rotunda negativa del navarro, intenta sabotearla y al final se acoge al indulto del capitán general de Cuba, además de ofrecerse para ir a combatir a México a favor del ejército realista.

Toledo regresa a España en 1817 y se le indulta de sus pasadas acciones. Pronto gozó de la confianza de «El Deseado» nombrándole ministro plenipotenciario en Toscana, Cantones Suizos y Nápoles. En la ciudad del Vesubio realiza gestiones diplomáticas para el casamiento de Fernando VII, en cuartas nupcias, con su sobrina María Cristina de Borbón. Toledo ya siendo brigadier se casa con María Tomasa y Palafox, viuda de Francisco Álvarez de Toledo, XVI duque de Medina Sidonia; tal matrimonio abría al brigadier más puertas, una de ellas por ser su esposa tía de Eugenia de Montijo.

A la muerte de Fernando VII, Toledo se inclina por el bando de Don Carlos, hermano de Fernando VII, en su lucha por el trono, destacándose su actuación en el ejército carlista, como brigadier, ayudante del general Quesada. Vuelve a Nápoles como representante de la corte de Don Carlos. Enfrentado al régimen isabelino, finalizó reconociendo a Isabel II como reina, siendo restablecido en sus cargos y distinciones, además de una jubilación de la que disfrutó en París. Allí firmó como testigo en la boda de Eugenia de Montijo con Napoleón III. Álvarez de Toledo murió en la capital francesa en 1858.

Estamos ante un personaje de incuestionables dotes políticas y diplomáticas, como demuestra los reiterados perdones y reconocimientos recibidos por Fernando VII e Isabel II. Fue un hombre de mundo que experimentó un cambio rotundo en su ideología política, pasando del liberalismo republicano con tintes masónicos al absolutismo radical de los apostólicos.

Teatro del Pacífico. Un marino criollo: Blanco Encalada, y cuatro peninsulares: Vivero, Molina, Villegas, Guruceta.

Manuel Blanco Encalada. Primer presidente de la República de Chile (9 de julio-9 de sep. de 1826). Nació en Buenos Aires en 1790, hijo del Oidor de la Real Audiencia de Buenos Aires, nacido en Galicia, siendo su madre de familia de la nobleza criolla de Chile. Fue enviado a España para completar su formación en el Real Seminario de Nobles y se le formó asiento, previa dispensa por edad, en la Compañía de Guardiamarinas de la Isla de León. Luchó en la Guerra de la Independencia, participando en el apresamiento de la escuadra de Rosilly surta en la bahía de Cádiz. Siendo alférez de fragata, bien pronto instanció para pasar destinado a Valparaíso y en otra posterior al apostadero de El Callao. Llega incluso a pedir licencia absoluta para poder pasar a Santiago de Chile. Por fin pasa destinado a la División Naval del Pacífico como ayudante de su comandante general. Allí se hace sospechoso por sus ideas liberales y por sus relaciones familiares y de amistad con el movimiento

separatista de Buenos Aires, siendo enviado a España con el pretexto de una comisión de servicio.

Volvió a América, embarcando como oficial en el paquebote *Casilda*, con base en Montevideo. Con fecha 13 de setiembre de 1812, su comandante da parte de que dicho día faltó a la guardia y que por más diligencias que mandó practicar para averiguar su paradero, no pudo tener la menor noticia de él. Por tal motivo, unos meses después fue dado de baja en la Armada. Al parecer desertó con el auxilio que le prestaron unas damas de la aristocracia uruguaya que le proporcionaron un caballo con el que pudo presentarse en el campamento de los patriotas argentinos y de él pasó a Chile, empezando a servir en la artillería, siendo ascendido a coronel. Cayó prisionero de los realistas en la batalla de Rancagua, que sometió nuevamente Chile a España, pasando confinado a la isla de Juan Fernández hasta la victoria de los patriotas de Cachabuco. Se le dio el mando de un cuerpo de artillería, participando en la decisiva batalla de Maipú. El nuevo gobierno de Chile le encargó la organización de sus fuerzas navales, y en poco tiempo consiguió tener barcos para enfrentarse a los españoles, apresando a la *María Isabel* y a cinco barcos más, por lo que fue ascendido a contralmirante.

Continuó con la organización de la Marina de Guerra, de la que tomó el mando el marino inglés Cochcrane, quedando Blanco de segundo, hasta que aquel dejó el cargo y el marino criollo fue el encargado de sustituirle. En 1825 dirigió la expedición contra la isla de Chiloé, último reducto español en el Pacífico, haciendo retirarse de las costas del Perú a la división naval española del capitán de navío Guruzeta. En 1826 fue presidente de la joven república, el primero en ostentar dicho cargo. Después de las vicisitudes políticas de Chile, fue sometido a un consejo de guerra. Se le absolvió, pero tuvo que retirarse del servicio activo hasta 1847, que fue nombrado intendente de Valparaíso. En 1852 fue embajador de Chile en París, y terminada con gran acierto su misión regresó a su patria adoptiva, quedando retirado de la vida militar y política. En 1865 volvió al servicio naval, esta vez al mando de la escuadra chileno-peruana, en la guerra del Pacífico contra España. El primer presidente de Chile y fundador de su Marina de Guerra, falleció en Santiago de Chile en 1876.

José Pascual Vivero y Salavarría, sevillano y jefe de escuadra de la Real Armada. Antiguo comandante del apostadero de El Callao y gobernador de Guayaquil. Se pasó al general San Martín. Está considerado como el fundador de la Armada peruana.

En 1795 pasó a El Callao al mando de los bergantines *Peruano* y *Limeño*, y ya de teniente de navío, tomó el mando del puerto. Ascendió a capitán de fragata y fue nombrado jefe de esa provincia marítima. En 1812 ocupó la jefatura interina del apostadero, ascendiendo después a brigadier de la Armada.

Después de que la expedición naval mandada por Cochcrane desembarcara en Pisco y que San Martín intentara ocupar El Callao, se recibió en Lima la orden del gobierno de S.M. para publicar y jurar la Constitución de 1812. A raíz de ello, se produjeron una serie de motines y pronunciamientos con la

descomposición de la disciplina y de la moral de las fuerzas realistas. En Guayaquil, cuyo gobernador era el brigadier de la Armada Vivero, se amotinó el batallón de granaderos de la Resera y apenas se hizo dueño de los fuertes y almacenes, proclamó la independencia, «cambiando las autoridades con la sencillez con que se muda un vestido», tal como expresa don Cesáreo Fernández Duro en su obra *Armada Española*. Vivero se allanó a embarcarse en la corbeta mercante rebelde Alcance para ser puesto a disposición del general San Martín y lo propio hizo el capitán del puerto D. Joaquín Villalba, teniendo a su disposición cinco lanchas cañoneras, con las que podían dominar la ciudad, construida en casi su totalidad de madera. Vivero al ser presentado al jefe de los insurrectos, dijo éste: «ahora y siempre ha sido usted un amigo de San Martín; desde este momento está en libertad, y puede elegir la suerte que más le acomode»; a lo que Vivero respondió sin titubear: «Esta tierra, señor, es la patria de mis hijos, y de hoy en adelante también será la mía.» Muchos Viveros o vividores de su especie fueron descubriéndose en el Perú, según escribe D. Cesáreo, del que también se ha dicho que después de servir al Rey más de cincuenta años, deshonoró sus canas tomando partido con el enemigo.

En 1823, el gobierno patriota de José de la Riva encargó el mando de la Armada a Vivero, secundado por el contralmirante Guise que estaba al frente de la Escuadra. Posteriormente El Callao fue retomado por las fuerzas realistas, y la escuadra peruana mantuvo un largo bloqueo de dos años con enfrentamientos con los buques realistas. Después de la batalla de Ayacucho, (9 de diciembre de 1824), las hostilidades cesaron con la capitulación española, pero aún quedó en el castillo del Real Felipe, en El Callao, un puñado de realistas al mando del general español Ramón Rodil, quien aguantó la resistencia hasta enero de 1826.

Más confusa es la actuación de otro jefe de escuadra y también sevillano Joaquín de Molina, de una familia noble y acomodada, que lo inclinó en la carrera de la Armada, y al efecto solicitó y obtuvo carta-orden de guardiamarina sentando plaza en el Departamento de Ferrol el 13 de abril de 1767.

Con la escuadra de don Luis de Córdova hizo las dos campañas del Canal cuando la guerra con Inglaterra; estuvo en el apresamiento del convoy inglés sobre el cabo de Santa María; en el bloqueo de Gibraltar, ataque de las flotantes y en el combate contra la escuadra inglesa de Howe en la desembocadura del Estrecho. En 1808, el ya brigadier Molina concurrió en las baterías del arsenal de La Carraca al combate y rendición de la escuadra francesa de Rosily. En septiembre de aquel año embarcó en la fragata *Flora* que lo condujo a El Callao para tomar al mando de la comandancia de Marina de aquel apostadero.

Al año siguiente ascendió a jefe de escuadra y se le nombró comandante general de la provincia de Quito. Posteriormente se trasladó a Guayaquil, para encaminarse a tomar posesión de su nuevo cargo, la presidencia y comandancia general de la provincia de Quito, en cuya capital y parte de la provincia había estallado la insurrección. Dirigió las operaciones militares con varia fortuna, con disgustos y sinsabores que agravaron el estado de sus dolencias, lo que provocó que solicitara la dimisión de su cargo, que fue aceptada. Moli-

na regresó a España en 1817, y S. M. dispuso que fuese sobreseído el expediente que se le seguía por el despacho de la guerra de Indias, respecto a que en la actualidad no tiene efecto; y a que el general Molina no necesita más justificación que su acreditada opinión. En contraposición de lo dicho, otros solventes autores afirman que se pasó a las armas del general San Martín. Lo cierto es que falleció en Madrid, desempeñando el cargo de Ministro del Tribunal especial de Guerra y Marina, a los 71 años de edad y 54 de honrados y desinteresados servicios a sus Reyes y patria, según opinión de Pavía, quien añade que «era un cumplido caballero, un entendido marino y un leal militar, y su memoria siempre es grata en la Armada española.»

Don José Villegas y Córdoba. Nació en la villa de Marchena y sentó plaza en la Compañía de Guardiamarinas de Cádiz. Con el empleo de alférez de fragata, pasó a desempeñar destinos en buques basados en el apostadero de Lima, y aunque en alguna ocasión hizo viajes a España, el mayor tiempo de su carrera lo desarrolló en aguas del Pacífico. Fue gobernador interino de Valparaíso y siendo capitán de navío tomó el mando de la división de las fragatas *Prueba* y *Venganza*, con el mando particular de la primera.

Uno de los primeros pasos de la revolución mejicana, encabezada por Iturbide, fue posesionarse del apostadero de Acapulco. A las pocas horas de tremolado el pabellón Trigarante, fondearon en dicho puerto las fragatas de guerra españolas *Prueba* y *Venganza*, bajo el mando del capitán de navío graduado don José Villegas. Iturbide envió a aquel apostadero a don Miguel Cavalery, oficial que había sido de la Armada española, con el objeto de que teniendo relaciones de amistad con los comandantes y oficiales de los buques, intentar seducirlos para que los entregasen a los patriotas mejicanos. Pero Cavalery al llegar a aquel puerto fue cogido prisionero por los realistas que ocupaban el fuerte de la plaza y el comandante de éste, no considerándolo seguro bajo su custodia, solicitó y obtuvo del de la *Puebla*, lo admitiese a bordo como tal prisionero. El comisionado patriota vio llegado su deseado momento, y desde que puso el pie en los buques de guerra, se dedicó a convencer a los comandantes, a quien hizo ofertas las más lisonjeras, precedidas de la entrega del valor de los buques que haría el nuevo gobierno de los insurgentes. Villegas rechazó las proposiciones de Cavalery, si bien le facilitó la fuga en una lancha, dejando en las tripulaciones de las fragatas una pernicioso semilla. Así es, que después de haber estado largo tiempo fondeados en Acapulco, sin órdenes ni prevención de la autoridad legítima, se hicieron a la vela para las costas del Perú, que estaba toda ocupada por los enemigos.

Las fragatas *Prueba* y *Venganza* se entregaron a los insurgentes en el puerto de Guayaquil, según lo pactaron sus desleales comandantes D. José Villegas y D. José Joaquín Soroa; acontecimiento inaudito que con los nombres de sus autores debe pasar a la posteridad lleno de execración e infamia. Villegas fue dado de baja en la Real Armada, no volvió más a España y concluyó sus días en el Perú, habiendo experimentado la suerte común a los traidores, pues el Gobierno patriota no lo empleó nunca y llevó a cabo la máxima «de que la traición se abraza, pero al traidor se le desecha».

Otros autores señalan que Cavalery ofreció a Villegas hasta 40.000 pesos a cambio de las fragatas, y que aunque entonces no logró convencerle, sí consiguió que le facilitara la fuga, y en todo caso preparó a Villegas para vender las fragatas al gobierno del Perú.

Por último comentar brevemente la actuación de la división naval bajo el mando del entonces capitán de navío D. Roque Guruceta, que llevó a cabo las últimas operaciones navales de la costa peruana. La división salió de Cádiz el 13 de enero de 1824 y estaba formada por el navío *Asia* y el bergantín *Aquiles*. Fondeó en San Carlos de Chiloé el 7 de abril, pero hasta el 15 de agosto no salió hacia El Callao de Lima, donde arribó el 12 de septiembre, levantando el bloqueo de las fuerzas navales patriotas sobre dicho puerto. Al respecto, Fernández Duro opina que proceder con tal parsimonia no le valió elogios.

El almirante peruano Guise, al presentarse las naves españolas levantó el bloqueo, pero se atrevió a retarlas, con la fragata *Protector*, una corbeta y cuatro bergantines, que el mismo Guruceta calificó de despreciables buques. Guruceta salió a combatirlos, y si bien aceptaron el combate, a la media hora se dieron a la fuga. El jefe español continuó la caza durante un par de horas, y se volvió a puerto pareciéndole indecoroso ocuparse de aquellos barcuchos fugitivos. Este episodio merece el siguiente comentario de don Cesáreo: «¡Sorprendente concepto! Juzgaba más digno dejarles escapar, habiendo uno de ellos arriado la bandera, haciendo agua por los agujeros de las balas, y con la arboladura que no podía resistir una caza prolongada, no teniendo puerto inmediato a que acogerse; parecíale más decoroso volverse al puerto a las tres horas de la salida y fondear la escuadra. ¿Para esto servía? Bajo su mando, cierto: no sirvió para disminuir, sino para acrecentar las de los enemigos».

Después de la derrota de Ayacucho, la capitulación comprendía la entrega de El Callao, y la salida del Pacífico de los buques de guerra sin cometer ninguna hostilidad; condición admitida por Guruceta, con tanta facilidad y apresuramiento, que estando en Quilca, abandonó dicho lugar a toda prisa, sin volver a tocar El Callao ni ofrecer sus servicios al gobernador de la Plaza.

Muy distinta fue la decisión del brigadier Rodil, expresada lacónicamente en estas frases al Ministerio de la Guerra: «Me he persuadido que la escuadra que D. Roque Guruceta tiene a sus órdenes se ha hecho a la vela de Quilca para Manila. Esto me permite inferir que el honor, la constancia y la fortuna ha desamparado a nuestros compañeros de todas las armas en estas regiones...». Como es sabido, Rodil, con un puñado de realistas, resistió en el castillo del Real Felipe de El Callao hasta el 23 de enero de 1826, fecha en que se arrió la última bandera española en el continente americano.

Guruceta, al abandonar aquellas aguas dividió sus buques en tres grupos. Uno de ellos, al mando del propio Guruceta, estaba formado por el navío *Asia*, los bergantines *Aquiles* y *Constante*, y transporte *Clarington*, hizo rumbo a Filipinas. Camino de Manila, fondearon en una rada de las islas Marianas, donde las dotaciones se sublevaron y pusieron a los oficiales en tierra. Incendiaron al buque transporte y se hicieron a la vela, para entregar a la república chilena el *Aquiles* y el *Asia* y el *Constante* a México, pérdida que vino a poner

el sello a la desastrosa e infortunada gestión de la Armada española en el mar Pacífico, según la opinión de don Cesáreo.

Se trata de unos personajes muy poco conocidos y escasamente tratados en la historiografía española. En cambio, sí lo son en sus respectivas naciones hispanoamericanas, siendo la mayoría de ellos considerados próceres y héroes de la patria; dos de ellos, uno criollo y otro peninsular, alcanzaron la presidencia de la nación por las que lucharon y otros son considerados como los fundadores de sus respectivas marinas de guerra. Esos hombres que alumbraron veinte naciones, ramas floridas del viejo tronco hispano, al igual que los principales líderes de la independencia: Miranda, San Martín, Bolívar, Hidalgo, etc., tuvieron un amargo final. Pues una vez más, la revolución devoró a sus hijos.

Bibliografía

- BLANCO NÚÑEZ, J.: «Los expedientes españoles de los guardias marinas bonaerenses don Manuel Blanco y (Calvo) Encalada y don Benito Lynch», *Revista de Historia Naval* N.º 46, Madrid.
- CERVERA PERY, J.: *La Marina española en la emancipación de Hispanoamérica*. Editorial Mapfre, Madrid, 1992.
- CRUZ HERMOSILLA, E. de la: «Avatares y final aciago del capitán de navío Negrete». *Revista General de Marina*, Agosto-sept., 1982.
- PAVÍA, F de P.: *Galería biográfica de los generales de Marina*, Madrid, 1874.
- PÉREZ TURRADO, G.: *La Marina española en la independencia de Costa Firme*. Editorial Naval, Madrid, 1992.
- PORLIER Y JARAVA, A.: «Bicentenario del brigadier de la Real Armada D. Rosendo Porlier», *Revista General de Marina*, noviembre 1971.
- SÁNCHEZ AGUILAR, F.: *ESPAÑA DESGAJADA: 1810-1898*. Ediciones Alcántara, Madrid, 1999.
- ZAPIOLA, F.: *ZAPIOLA. SOLDADO DE CHACABUCO Y MAIPO*, Editorial Prestigio, Buenos Aires, 1956.